

Hace ya cuatro años

Parece que fue ayer, y han pasado ya cuatro años de aquel 9 de enero en el que fui consagrado obispo en el monasterio de Veruela para la diócesis de Tarazona. Un día frío del invierno helado junto al Moncayo fue el marco ambiental de aquella celebración esmerada, en la que una treintena de obispos impusieron sus manos sobre mi cabeza e invocaron al Espíritu Santo para que me consagrara obispo, sucesor con ellos de los Apóstoles del Señor para servicio de los hombres. Era la fiesta del Bautismo del Señor, con la que concluye la Navidad, como hoy.

Con la sucesión ininterrumpida de sus obispos, la diócesis de Tarazona se remonta a muchos siglos de existencia, de vivencia de la fe cristiana y de servicio al mundo en la caridad de Cristo. «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve», nos dice el Señor (Lc 22,27). Y he sido llamado para hacer presente entre vosotros al Señor. Quisiera servirle a Él y a vosotros como nos ha servido El. Ya me doy cuenta de que estoy muy lejos de ese ideal y me siento indigno representante suyo en medio de vosotros. Por eso, os pido que oréis por mí, a fin de que el que me ha llamado, me ha consagrado y me ha enviado a vosotros complete en mí la obra de su gracia que ha comenzado.

El servicio episcopal entre vosotros a lo largo de estos años me ha permitido conocerlos de cerca y quererlos con toda mi alma. He podido hacer la Visita pastoral detenidamente a los arciprestazgos de Alto Jalón y de Calatayud, y estoy realizándola ahora al arciprestazgo del Huecha, Borja y su comarca. Me llama la atención la dedicación de los sacerdotes, atendiendo varias parroquias pequeñas a la vez, o parroquias grandes uno solo. Me impresiona siempre el cariño con el que los ancianos son atendidos en sus propias casas por sus hijos. He constatado la dureza del trabajo en el campo, y he estrechado la mano de muchos labradores, manos encallecidas que me recuerdan las de mi padre. He visto a muchos niños y jóvenes, que preguntan con sus ojos por la verdad de la vida.

Entre las preocupaciones, que comparto con vosotros, dos me parecen las más urgentes. El seminario y las familias cristianas. Responden estas dos

preocupaciones a los dos sacramentos «sociales» que construyen la comunidad eclesial y garantizan su futuro, el sacramento del Orden y el sacramento del Matrimonio.

Sin sacerdotes no habrá Iglesia, puesto que la Iglesia está constituida sobre el cimiento de los Apóstoles, de sus sucesores y sus colaboradores los sacerdotes. No hemos de cansarnos de rogar al Dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies, y alentar a aquellos que se sientan llamados a la vida sacerdotal. Esta llamada suele aparecer cuando hay una conveniente iniciación cristiana, en la que el encuentro con Cristo lleva al descubrimiento de que merece la pena dejarlo todo para seguirle a El en el servicio a los hermanos. Y algo parecido digamos de la vocación a la vida consagrada.

La familia cristiana está amenazada, y hemos de protegerla entre todos. El proyecto de Dios, que se funda en la unión estable y complementaria del varón y de la mujer, santificada por el sacramento del matrimonio, y abierta generosamente a la vida, tiene futuro. Más aún, en ese proyecto de Dios está el futuro de la humanidad y la felicidad del hombre. Corren vientos contrarios que van secando la vida de familia. Urge formar a nuestros niños y jóvenes en una visión sana del amor y de la sexualidad humana, según el plan de Dios. Si nosotros no lo hacemos, nadie lo hará por nosotros.

Hace ya cuatro años estoy en medio de vosotros como el que sirve. Gracias por vuestra acogida y por tantas muestras de afecto. Perdonad mis deficiencias, que son muchas. Me debo a vosotros y en vosotros encuentro el sentido de mi vida y la alegría de vivir. Con vosotros doy gracias a Dios en este día.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández